

El Eco de Cartagena.

TELÉFONO NÚM. 58

AÑO XXX.—NUM. 8738

DIARIO DE LA NOCHE

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24.

Jueves 11 Diciembre 1893

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

EL ROBINSON ESPAÑOL.

En estos días en los que el telégrafo nos comunicó una tras otra las últimas noticias de la pérdida del crucero inglés «Serpent», del buque mercante de la propia nacionalidad «Derwanswater», del barco hundido por el capitán Juan O. H. archiduque austriaco que fue, y de un bote español frente al Rugged Staff (Gibraltar), con otros siniestros marítimos no menos sonados (lo que hace que todo el mundo hable de naufragios, tempestades y mareos), no ha de parecer inoportuno decir algo de un muy notable naufragio ocurrido por los mares de 1528, siquiera no sea más que al propósito de recordar que nosotros tuvimos antes que los ingleses nuestro «Robinson», y que en punto á grandeza de ánimo, conformidad cristiana, industria y valor en la adversidad, Pedro Serrano pudo muy bien dar quinca y rapa á Alejandro Selkirk.

Aquel esforzado marinero sufrió más penalidades que nuestro primer padre Adán (Robinson de los árabes), relegado, según éstos, después de la culpa á la isla de Ceylan.

El hambre, la desnudez y la falta de sueño anublaron el espíritu vigoroso de Serrano con más negras pesadillas que las que acometían á Saturno en la isla de Ogygia con motivo de las malas partidas que Júpiter le preparaba.

Y si Filoteles, abandonado por consejos de Ulises en la isla de Lemno sufrió rudos tormentos, nuestro compatriota, sin exceptuar á el indio mosquito ó mosco, ni al ya mentado y conocido protagonista de la obra de Foe, es, al decir de C. Joliet, no solamente el más antiguo de todos los Robinsones (fuera de los mitológicos ó legendarios), sino también el que pasó por más terribles pruebas en su penoso aislamiento del mundo habitado.

Podríamos muy bien hacer aquí un estudio comparativo que viniese á fundamentar, con gran copia de datos tales opiniones (estudio que, á más de histórico, había de tener necesariamente pronunciado sabor literario); pero no siendo esto posible en la presente ocasión, nos limitamos á extraer algunos de los pormenores más interesantes de la

«Relación de un notable naufragio (el de nuestro compatriota) ocurrido en el año de 1528 (1).

«Salí de Santo Domingo sábado víspera de Ramos del año 1528 en la nao de Pedro Cifuentes, de que era capitán y piloto un Fulano por sobrenombre Portugésista.»

Describe después el célebre naufragio varias peripecias del viaje, debidas á la impericia del piloto, que abandonó la nave, á la manera del cura de Gubiso, y concluye esta parte de su historia refiriendo que un sábado á media noche sufrieron un temporal que se llevó «mbos mástiles de la nao, con todo el velamen, abriéndose el navio y dando al cabo de seis días, miércoles en el bajo de la «Serrana» (2).

(1) ARCHIVO DE INDIAS.—Legajo 2.º de «Relaciones y descripciones.»

(2) Isla que se encuentra en el viaje de Cartagena á la Habana.

«Tuve el acuerdo—añade—de tomar un cuerno de pólvora que en mi caja tenía, y un eslabón en la boca, y así me eché á la mar y nadé hasta llegar á la isla...»

«Del navío no se pudo sacar sino la pólvora que digo y el eslabón, y por falta de pedernal que no le pude sacar, comimos casi dos meses carne cruda, y bebimos sangre de los lobos marinos y cuervos que á la isla venían.»

Refiere más adelante Pedro Serrano cómo sus compañeros de infortunio le abandonaron, construyendo una balsa, quedando solo con él «un tal Moreno, de Málaga,» quien martirizado por la sed, «se empezó á comer por los brazos, y de algunos bocados que se dió murió como rabiando.»

El misero Pedro se quedó entonces en la «Serranilla,» solo con un muchacho por todo compañero de penas y fatigas.

En aquel inhospitalario rincón del mundo no encontraba ni agua, ni leña, ni piedras tan siquiera.

«Comencé con huesos de tortuga á cavar en algunas partes de la isla viendo si había agua, y por ser la tierra poca y en medio del golfo, en todas partes la hallaba tan salada como el agua de la mar, y esta agua, mezclada algunas veces con la sangre de los lobos la bebía, y en este tiempo no llovió jamás para que del agua del cielo me pudiese aprovechar.»

La verdad es que el hombre desprecia diariamente grandes tesoros que tiene al alcance de la mano. ¡Qué no hubiese dado Pedro Serrano por un vaso de agua fresquísima y transparente como los que ofrecen por las tardes las vendedoras en las inmediaciones de los jardines del Buen Retiro!

El alimento del Robinson español consistía en huevos de tortuga, raíces de sabor parecido á los verdolagos y carne de lobos marinos.

De la piel de estos animales sacó Serrano sus primitivas vestiduras, el velamen de unos baquillos costeros, calafateados con el unto de aquellos anfibios, y varias odres, en donde recogía la escasa agua llovediza por el mes de Octubre.

El muchacho partióse también un día de la isla, en una balsa, con otro de dos desdichados que arribaron á ella procedentes de una cerreña.

Quedóse Serrano con el nuevo compañero, y juntos hicieron un estanque de 22 brazas de pared, para tomar el pescado que entraba por las noches, teniendo que sacar los materiales buceando en el mar, pues en la isla no había sino arena.

Declara el autor de la relación que lo que más pena y tormento le daba eran los caracoles y caracoles de mar, de los que no podían valerse sino metiéndose en sacos de cuero, y haciendo del día noche y de la noche día.

El mes de Enero era Agosto para el desdichado Pedro.

Por este tiempo patían las lobas y comíanse los naufragos los lobeznos, y la leche que tenían las madres en las ubres cocíanla en unos caracoles, dándose gran festín con ello.

Tampoco fueron en fin las penalidades de Serrano, que hallándose sentado á la puerta de la casilla, después de tres días sin beber, y de ocho años de andar desnudo y descalzo por aquellos desiertos, ambicionando salir vivo ó muerto de la isla, ya en la desesperación, llegó á exclamar: «Pues que Dios no me quiere sacar, sáqueme el diablo y ahí acabará mi vida.»

«Y vilo—dice—pegado en la casilla de una forma peor de la con que le pintan,

con una nariz muy roma, y echando por ella como humo, y por los ojos fuego, y los pies como grifos, y las colas como de murciélagos, y las piernas propias de un hombre y los cabellos muy negros con dos cuernos no muy grandes: llamé al compañero que estaba echado en la casilla y tomamos una cruz que tenía hecha de cedros; con ella corrimos toda la isla y nunca más vimos nada...»

Por fin...

«Al cabo de ocho años de nuestra vivienda allí, permitió Dios que su misericordia nos socorriese, y un día, víspera del señor S. Mateo, á hora de medio día, vimos venir una nao á la vela, y hicimos una humada en uno de nuestros torrejones, muy grande, y como los de la nao nos vieron, echaron el batel fuera, y saltó el maestro y marineros en tierra, y tomó con su escribano por testimonio lo que vido; este maestro se llama Juan B.º Ginovés, vecino de Siviana.»

Pedro Serrano pasó luego á Alemania donde estaba el emperador Carlos V, que le hizo merced de 40 pesos de renta en el Perú, y yendo á disfrutarlos allí, murió en Panamá, con la mala suerte de no encontrar en su tierra una pluma como la de Foe que inmortalizase su nombre y popularizase sus virtudes en el sufrimiento.

Espinosa y Quesada.

EL VENENO DE LAS ESTUFAS.

La Academia de Medicina de París ha tratado un asunto que es de importancia suma, y sobre todo de actualidad. Es el referente á los gravísimos accidentes á que dan lugar las estufas y demás aparatos empleados para calentar las habitaciones. Causan unas veces dolores de cabeza, vértigos, parálisis y desórdenes intelectuales, y en ocasiones llegan á producir la muerte, no por asfixia, sino por envenenamiento.

Los profesores Lanceraux, Brouardel y Guatier estuvieron contextos en afirmar que aquellos aparatos, por la cantidad de óxido de carbón que producen, hacen el efecto de un veneno que introducen en su domicilio los propios habitantes; han hecho esa tan la circunstancia de que es un veneno muy enérgico y además muy sutil, pues la mayor parte de las veces obra sus mortíferos efectos estando el aparato de calefacción en un punto distante del en que se halla su víctima, lo cual se explica porque pasa á través de las puertas y hendiduras dándose el caso de obrar sus efectos desde uno á otro piso.

Mr. Lanceraux propone que se adopten ciertas medidas para las estufas, en lo referente á las condiciones de instalación y ventilación, por más que el mejor sistema de calefacción es el de la chimenea, pues en esta el veneno se escapa hacia al exterior, al paso que en los demás sistemas queda encerrado dentro de la habitación.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

CASIMIRO.

Charada

A uno que dice es latino le pregunté con cautela:

—Primera qué significa segunda terciá en tu lengua? y el hombre muy satisfecho me contestó á la carrera en correlativas sílabas:

—Primera segunda terciá, no sé dar contestación, á tu pregunta indiscreta.

Tomás.

La solución en el número próximo.

OBRAS Y TÍTULOS EN EL TEATRO

Todo parece agotado ya; el género romántico, el caballeresco, de costumbres, el bufo, el francés, las revistas, las parodias, los sainetes.

Hemos visto en la escena calles, posadas, merenderos, cafés, fondas, balnearios, tiendas, estaciones de ferrocarriles, atrios de iglesias, manicomios, cubiertas de barco, globos aerostáticos, salas, gabinetes, despachos, alcobas y cocinas.

Hemos presenciado naufragios, combates, bodas, entierros, bautizos, revoluciones, degollinas, duelos á sable, á pistola, á navaja, á moqueones, á puntapiés.

Hemos bajado al fondo del mar, así como á los profundos infiernos, y subido al empíreo, donde en las apoteosis finales, y entre luces de bengala, se ensanchaba el espíritu viendo á la virtud triunfante recibir, de manos de una figurante, el premio grande de la lotería de Navidad.

Hemos visto desde las butacas atravesar el escenario de derecha á izquierda, y viceversa, tranvías, coches de alquiler y de lujo, palanquines, diligencias, caballos, perros, mulas, burros, camellos, salvajes más ó menos auténticos y alguna que otra noche gatos, si bien éstos, por no figurar en el programa, regocijan más á los espectadores que al autor de la obra, sobre todo cuando aparecen en una noche de estreno.

Hemos asistido al desarrollo de asuntos históricos, políticos, mitológicos, místicos, internacionales, regionales, provinciales y municipales.

Hemos vencido repetidas veces á los franceses y á los austriacos, por medio de comparsons armados con fusiles inefectivos.

Hemos presenciado, impertérritos, infinitas fugas de casadas y de solteras menores de edad, sospechando que antes de caer el telón habían de volver al redil arrepentidas, y sanas y salvas de todo accidente de mayor cuantía.

Hemos oído millares de disparos de arma de fuego, largas y cortas. A las señoras y á los niños no les gustan esas explosiones, que producen más de un chillido. Además, hay hombres de temperamento nervioso que se estremecen, y para remate de fiesta, el humo de la pólvora hace toser á los que padecen de la laringe. Solo deben representarse esas obras bélicas en caso de una guerra con Marruecos, para enardecer los ánimos, ó en tiempo de epidemia por lo que la pólvora tiene de desinfectante.

Conocemos de sobra todos los tipos de nuestra sociedad, y conocemos también á esos tontos de capirota que hasta la última escena viven en Babia, y sólo al caer el telón abren sus ojos á la verdadera luz con la consabida frase: «Ahora lo comprendo todo;» cuando nosotros, los que venimos todo lo comprendimos á las primeras de cambio.

Sabemos que la expresión favorita de los empresarios es: «Obras son amores», pues ellas son las que les defienden la temporada.